

IV

«LA LUZ DE LA FE EN EL SIGLO XX»

SEÑORES:

Nuestro venerable Director me ha distinguido de nuevo con su mandato de que emita informe sobre la obra titulada *La Luz de la Fe en el siglo XX*, escrita por el Excmo. Sr. D. Luis Calpena y Ávila.

Es esta obra una hagiografía que, en trece volúmenes folio, contiene la vida de diez mil santos y gran copia de discursos de cultura religiosa y de argumentos y síntesis doctrinales.

No era yo, seguramente, el más apto para abordar un estudio tan difícil como distinto de los que me ocupan; pero el ilustre Padre Fita, modelo de virtudes cristianas, al par que discreto y y sabio, me dijo:

—Juzgue usted esa obra bajo su concepto histórico nada más.

Así, pues, de la labor titánica que representan los trece tomos, debía yo aquilatar concretamente la exactitud de las disquisiciones y nuevos datos que cite, el fundamento de las tradiciones que pasan por verídicas, la lucidez de sus análisis críticos y tesis filosóficas, no menos que la pureza del lenguaje y método narrativo.

Pero he de confesar que el lenguaje y el método me cautivaron desde las primeras páginas, sobre toda ponderación, y creo que, no ya un apostólico romano, sino un heterodoxo continuaría, placentero, su lectura, pues tal es el imperio del Arte.

Y por el Arte conducido, como en nao de dulce balanceo, recorrí insensiblemente muchas millas del océano literario de *La Luz de la Fe*, memorándome otro de igual índole y renombre universal.

Al cotejarlos desde el punto de vista de la teología dogmática, noté la coincidencia de mi criterio con el de un insigne historiador. Ha dicho éste que Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, dió á la religión, por defensa contra los sarcasmos de Vol-

taire, las gracias de la fantasía, la vida de los afectos y bellezas del culto; pero que, como sobrepone el sentimiento á todo, aun con mengua de la lógica, no le satisface al pensador; y el austero creyente juzga frívolo un libro que sólo deflora lo sublime y grandioso de su credo.

La obra del Padre Calpena es, por el contrario, de una solidez lógica incontrastable. Habla al sentimiento y á la fantasía con delicadas y vivas imágenes, con primorosas galas de estilo; pero habla, ante todo y sobre todo, á la razón, para subyugarla y rendirla á la evidencia de la verdad católica.

Y es que en esta hagiografía, sin rival posible, su autor ha llevado á feliz término cuanto ofrece en el *Discurso Preliminar*, combatiendo la incredulidad contemporánea, su origen, su perniciosa influencia en la civilización, y mencionando los grandes consuelos de la fe, los dogmas católicos, la vida futura: toda la economía de nuestra religión en sus múltiples aspectos.

Pero antes de continuar comunicándoos mis impresiones, debo deciros que éstas no se basan en el estudio de todo el texto de la obra, sino en el de una parte, aunque muy extensa, porque la lectura de diez mil páginas en folio, á cincuenta diarias, invertiría seis ó siete meses.

Sin embargo, ninguno de vosotros ignora cuán fácil es hacer á conciencia el examen de cualquier libro si, hojeado al azar, se le hallan siempre en todos los fragmentos elegidos las mismas rectitud de ideas, caudal de lógica, de poesía, de enseñanza útil y de pureza de dicción.

El período de tiempo calculado para la suave tarea de leer, nos induce á considerar el que habrá invertido el autor en escribir su obra, y antes, en el acopio y estudio de las materias que contiene.

Es indudable que aquel período de lectura representa dos ó tres lustros, cuando menos, de continua labor, evidenciando una peregrina y meritoria constancia.

Y ahora, terminada esta corta digresión, continuaré mi análisis aquilatando primeramente la importancia de la obra en su orden histórico.

*
*
*

El Padre Rivadeneira, Croisset, la *Leyenda de Oro* y cuantos han escrito santorales, se ciñen al martirologio romano, y muy pocos mencionan el español.

En cambio, el Sr. Calpena cita cada día el romano, el español, el francés, y luego, en un cuarto párrafo, los santorales de Grecia, Inglaterra, Bélgica, Escocia, Hungría, Alemania, Irlanda, Austria, Etiopía, Capadocia, Armenia y Siria.

Además, no se limita á narrar los acontecimientos colocados por los hagiógrafos en lugares de la geografía antigua, sino que traslada á la *geografía actual* del mundo el que fué teatro de los hechos que refiere.

Por ejemplo:

En el tomo 1.º, página 32, dice de San Odilon de Mercocur:

«Nació este héroe de la Santidad, en Auvernia, el año 962.

»La Auvernia era una antigua provincia de Francia, que tenía
»por capital á Clermont-Ferrand. Tomó su nombre de los auver-
»nios, que en las postrimerías del Imperio romano formaban
»parte de la Aquitania.

»Los visigodos la dominaron desde 475 á 507; pero cuando
»nuestro santo vió la luz de la vida, Auvernia no era ya visigoda,
»pues en la batalla de Voillé pasó á poder de los franceses, y á
»mediados del siglo VIII estaba comprendida en el Ducado de
»Aquitania.

»Posteriormente tuvo Condes hereditarios de las casas de Poi-
»tiers y de Tolosa. Hoy el Condado y el Delfinado de Auvernia
»forman los departamentos del Puy de Dome y del Cantal.»

Estos novísimos é instructivos datos sobre la correspondencia de los lugares antiguos con los modernos se encuentran innumerables veces en cada volumen, y así puede afirmarse que *La Luz de la Fe* es una obra de vulgarización histórica y geográfica.

*
**

Yo quisiera, señores Académicos, ser conciso, pero no á costa de que mi Informe resulte deficiente é injusto. Cuando un autor ilustre confía á vuestro recto juicio su calificación, tiene derecho

á esperar un análisis razonado que evidencie el profundo estudio en que se fundamenta.

Por esto yo sacrificaré un laconismo incompatible con el complejo, grandioso y trascendental alcance de una obra meritísima, la más notable de su género.

Y puesto que nadie podría daros testimonio tan elocuente de lo que afirmo como el propio autor, transcribiré varias páginas donde se revelan de consuno el buen hablista, el historiador, el filósofo y el exégeta magistral.

Dice en el proemio de la vida de Santa Genoveva, patrona de París:

«Mas para apreciar bien la época en que vino á la tierra nuestra ilustre santa, se hace preciso que, breve y sucesivamente, lancemos una rápida mirada sobre el mundo romano, sobre el mundo bárbaro y sobre la Iglesia, que con su poder divino los reemplazó.

»El Imperio romano, en su vasta unidad gubernamental, encerraba todo el mundo civilizado; el mundo bárbaro vivía fuera de sus dilatados límites.

»Jamás se ha visto Imperio de extensión más considerable ni que cuente entre sus ciudadanos individuos de tan diferentes civilizaciones: el italiano, el galo, el español, el árabe, el scita, el hebreo, el habitante del Asia y del África..., todos se agitaban en aquella inmensa nación, contribuyendo al florecimiento de tan gran República. En esta época de que hablamos, todo lo que el género humano había producido de grande, subsistía aún; pero subsistía ruinoso, en inminente peligro de caer; Roma contaba todavía con historiadores tan famosos como Amiano Marcelino, y Generales como el Conde Bonifacio; Atenas con sus escuelas de filosofía y elocuencia; Alejandría con sus gramáticos y satíricos mordaces. Vivía el paganismo, pero vivía en el pueblo, bajo la forma de groseras supersticiones refugiadas en aldeas miserables: vivía en los sistemas de las escuelas filosóficas.

»¡Los bárbaros! He aquí una segunda faz de la época que estamos ligeramente siguiendo. ¡Los bárbaros! Ellos, desde los

»más remotos climas, avanzan y penetran en el corazón del viejo
 »mundo, pretendiendo, llenos de odioso furor, apoderarse de
 »cuanto existe; sitian reinos, abaten fortalezas y suplantán con
 »los suyos poderes en apariéncia invulnerables. En el alcázar de
 »los augustos, en los pretorios, se sientan el scita Aecio, Stilicón
 »el vándalo, Ricimer el suevo. Huellan con soberbia planta el te-
 »rritorio del Imperio el godo Alarico, Gondicairo el borgoñón, y
 »el de Francia Clodoveo, Meroveo y Childerico. Más tarde,
 »como un formidable alud, cae desde las estepas de la Escitia
 »sobre las fronteras de Europa, llegando hasta las mismas puer-
 »tas del decadente Imperio, Atila, el formidable Atila, acompa-
 »ñado de sus terribles hunos. ¡Todos los pueblos bárbaros reuni-
 »dos se estrechan en compacto haz y corren á la desbandada
 »dispuestos á despedazar el cadáver romano!

»¡Y qué variedad nos presentan estos pueblos! Del mismo
 »modo que Dios distingue en el mundo que va á perecer la so-
 »ciedad corrompida, ruínosa, abandonada, y la sociedad que so-
 »brevivirá, llevando en su seno los gérmenes salvadores de la
 »virtud y de la fe..., así es necesario distinguir en estos pueblos,
 »que caminan á la destrucción de imperios caducos, dos clases
 »de barbarie: una, el látigo de Dios, el instrumento de su ven-
 »ganza, Atila y sus hunos, es decir, la barbarie vagabunda, lan-
 »zada del desierto, ávida del pillaje, ebria de inmundos goces,
 »que entran en la ciudad por el hierro y por el fuego; otra, la
 »barbarie reparadora, el instrumento de la misericordia divina,
 »Clodoveo y sus Francos, que abre los ojos á la luz, sus inteli-
 »gencias á la enseñanza del sabio, sus almas á las inspiraciones
 »del deber; que reúnen lo que había de bueno en los poderes
 »caídos, que salvan la civilización y la sociedad, que fundan un
 »imperio mucho más fuerte que aquel que derrumbaron... ¡Im-
 »perio que perpetúa sus nombres, haciendo que los siglos pos-
 »teriores lo esculpan para siempre en su memoria, como ejem-
 »plos elocuentes de una raza viril que sobrevivió á la catástrofe,
 »saliendo de entre los escombros, como el fénix de sus cenizas,
 »pujante y bella para iniciar la nueva aurora del mundo.

»La Iglesia en el siglo v ofrecía un cuadro de supremo inte-

»rés; numerosas herejías habían introducido en ella luchas y di-
 »visiones: el católico vivía frente á frente del arriano, del pela-
 »giano, de Eutiques, de Nestorio: la fe y la incredulidad se dis-
 »putaban el mundo antiguo y el mundo moderno, el romano y
 »el bárbaro. ¡Y, sin embargo, á pesar de estas luchas intestinas,
 »de estas mordeduras, que atrevidos heresiarcas pretendían hacer
 »en el cuerpo de la Iglesia, la Iglesia resistía incólume los emba-
 »tes, y daba admirables testimonios de su invencible fortaleza!

»En el Oriente, la Iglesia cerraba con un broche de oro los
 »últimos días de su ortodoxia, floreciendo en sus Concilios ecu-
 »ménicos, en sus doctores sutiles, en sus oradores célebres, en
 »sus anacoretas del Egipto y en sus monjes de la Palestina. En
 »Occidente, luchaban contra la herejía doctores como Hilario
 »de Poitiers, Jerónimo, Agustín, quienes salvaron la herencia de
 »la civilización del universal naufragio...

»Pero en medio de esta muchedumbre, de esta descarriada
 »humanidad, aparecen algunas santas valerosas, voluntades enér-
 »gicas, que vencen todos los obstáculos, que salvan todos los
 »escollos, que elevan, que edifican, que redimen... Santa Geno-
 »veva fué una de estas almas escogidas, enviadas por Dios en
 »medio del revuelto París, para ser su guarda, su tullela, su guía...»

* * *

Después de tan hermoso preámbulo, refiere el Padre Calpena la vida de la Santa según la tradición histórica: cita su salvación de la hoguera á que la habían condenado los parisienses, y que ella correspondió al odio injusto, librando á la gran ciudad de la ruina y esclavitud; una vez cuando Atila la puso sitio y sus habitantes creyeron inútil toda resistencia, y otra vez cuando Meroveo la quiso rendir por hambre.

Menciona luego que, transcurridas cuatro centurias, la sola influencia de los restos de la Santa salvó de nuevo á París de los normandos, y que en 1128 contuvo la espantosa epidemia llamada de *los ardientes*.

Estos sucesos constan como verídicos, pero los materialistas

le niegan su carácter milagroso, suponiéndolos resultado de simples coincidencias; lógico es, pues tan profundos pensadores comienzan por igualar lo perdurable de sus espíritus al del aliento vital de un molusco. Los escépticos niegan también toda intervención divina en las acciones humanas, sin perjuicio de creer en ridículas supersticiones que les aterran.

El discreto y el sabio ni niegan ni afirman sistemáticamente, porque ignoran dónde principia lo sobrenatural, ante los arcanos visibles y los misterios infinitos que se presienten y no se vislumbran.

Dícese que sólo los fanáticos y los ingenuos creen, sin examen, verídicas todas las leyendas cristianas; y de aquí surge una interrogación: ¿Debe aceptarse esta ciega credulidad? ¿Puede satisfacer á la culta Iglesia católica que sus hijos conviertan en artículos de fe las tradiciones?

El ilustre autor de la obra que informo contesta al sutil enunciado con tan gran claridad y acierto, que necesito transcribir sus palabras:

«Cuando la historia, dice, con el escalpelo de la crítica no puede encontrar la verdad de ciertos hechos y acontecimientos que han influido poderosamente en las grandes transformaciones ó cambios de los pueblos, sólo queda el recurso de acudir á la tradición, y purgándola de todo aquello que puede haber sido producto de la fantasía popular, inferir de ella lo fundamental del suceso. Que tan irracional sería, en buena lógica, admitir la tradición, con todos sus detalles y matices, como rechazarla porque no se acomode á lo que en la actualidad sucede ó á lo que en las condiciones en que ahora se desarrollan las vidas nacionales parece que debía suceder.

«Esto ocurre precisamente con las tradiciones piadosas relativas á la reconquista de España, á esa lucha de ocho siglos, en que cítanse acontecimientos sobrenaturales, hechos milagrosos que, si bien no pueden aceptarse con esa riqueza de detalles con que algunos historiadores nos los presentan, es menos racional y lógico rechazarlos en absoluto, negando todo valor histórico al testimonio unánime y no interrumpido de pueblos

»y regiones enteras en las cuales se efectuaron aquellos hechos
»prodigiosos.»

Estas reflexiones son exactísimas. ¡Cuántas veces nos refiere la prensa escenas conmovedoras de la guerra actual, en cuyos campos de batalla se avivan el sentimiento religioso y la fe en los milagros!

Lo mismo el francés que el húngaro, el alemán que el moscovita, invocan la ayuda de Dios. ¿Y quién será tan ruin que se burle del soldado que atribuye su salvación á la santa reliquia que su madre le colocara en los pliegues de la guerrera?

¡Qué triste, qué estéril es el descreimiento y cuán consoladora la certidumbre de que no estamos solos y abandonados en la oscura noche de la vida! Bien dijo un egregio poeta,

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
á todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y á través de intrincadas espesuras,
desbocado y á obscuras,
avanza sin cesar y nunca llega.

*
* *

Perdonad, señores, si perturbada la brújula por imanes metafísicos separé mi rumbo del obligado derrotero. Enmiendo, pues, la proa y continúo el análisis de tan magna publicación bajo su aspecto puramente histórico.

Creo haber dicho ya que este aspecto es el que predomina en su base y estructura. Así hallamos esparcidos por las páginas de los 13 volúmenes trozos de la historia de casi todos los países europeos y algunos de América. El origen y formación del pueblo húngaro están en las vidas de San Esteban y de otros de sus reyes; en la de San Columbo se habla de la historia de Escocia; en la de Santa Isabel, de la de Portugal; en la de Enrique II, de Alemania; de Polonia, en la de Santa Eduvigis; de Inglaterra, Dinamarca, Noruega y Suecia, en las de Emma Reina y San Eduardo; de Irlanda, en el capítulo *San Patricio*, y de Francia,

en Santa Genoveva, San Luis, Juana de Arco y la Virgen de Lourdes.

En cuanto á España puede decirse que escalonando cronológicamente las biografías de sus hijos canonizados, obtendríamos una verdadera historia de nuestra patria, con datos interesantísimos.

Esta obra, sobre todo, es la historia completa de la Religión. El Antiguo Testamento está narrado extensamente. La sublimidad del Catolicismo, con sus Concilios é instituciones, se evidencia en la vida de los Apóstoles, de los Evangelistas y de los primeros mártires, como también en las de los grandes Papas beatificados, desde San Pedro á San Pío V, de los heroicos ascetas, desde San Antonio á San Francisco de Asís, y de los excelsos Doctores, desde San Gregorio á San José de Calasanz.

Pero no se limita el P. Calpena á trabajo tan hercúleo, sino que en su narración intercala instructivos pormenores históricos sobre diversos ramos del saber.

Así, pues, refiriéndose al citado San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, nos habla de la educación primaria religiosa en estos términos:

«San Pablo preparó ya para la enseñanza á Timoteo y el discípulo amado; el mismo San Juan se consagraba á la enseñanza religiosa en Efeso. Desde mediados del siglo II hasta el siglo V viéronse aparecer, con el nombre de Escuelas de los catecúmenos, varios establecimientos de enseñanza en la Iglesia de Oriente; y los nombres de Panteno, San Clemente, Orígenes, San Basilio y San Gregorio Taumaturgo, recuerdan la celebridad de las de Alejandría y Cesárea de Palestina, como las de San Juan Crisóstomo, Teodoro de Mopavente y otros; no permiten que se ponga en olvido la del Santo mártir Luciano en Antioquía. Casi al mismo tiempo que estas escuelas aparece la *Academia Persa*, dirigida por el maestro cristiano Protógenes, siendo ésta la primera escuela elemental del alto Egipto, en Antinoe, según unos, ó de Edesa, según otros, en la que se enseñaba lectura y escritura y se recitaban y cantaban los salmos. Siendo digno de llamar la atención que la distribución ú orden de enseñanza

»*concéntrica*, que los modernos pedagogos quieren traernos como
 »de invención reciente, ya se ponía en práctica en dichas es-
 »cuelas, pues tomando como base ó centro la Biblia, se referían
 »ella todas las demás enseñanzas.

»El desastre producido en el mundo antiguo por la invasión
 »de los pueblos bárbaros, sumieron la educación en nuevas tinie-
 »blas, de las que seguramente no hubiera salido sin los cuidados
 »maternales de la Iglesia, de Jesucristo. Las escuelas catedrales,
 »producto de las decisiones de los Concilios; las escuelas parro-
 »quiales, mandadas crear en 529 por el Concilio de Vacense, y las
 »ordenadas por los Concilios segundo y cuarto de Toledo, en 531
 »y 633, respectivamente; el mandato á los abades y abadesas del
 »Concilio de Clif, en Inglaterra, en 747, y la insistencia con que
 »los de Arlés, Maguncia, Reims, Chalons y Tours ordenan que
 »se establezcan escuelas, lo mismo que el romano de 826 manda
 »que se establezcan maestros, son datos preciosos para compro-
 »bar el interés que la Iglesia ha desplegado siempre por la edu-
 »cación y la fidelidad con que ha cumplido en todas las épocas
 »el precepto del divino Maestro: «Id y enseñad á todas las
 »gentes.»

*
 * *

Con no menos lucidez diserta sobre el Arte plástico y pictó-
 rico en la biografía de San Dositeo. Allí dice:

«El arte, cuando se reviste de dignidad y nobleza, puede
 »ser un gran educador de muchedumbres. La misión del arte no
 »se circunscribe á producir un deleite pasajero; más profunda de-
 »berá ser la huella que en nuestro espíritu produzca el roce di-
 »vino de sus alas. Al deleite debe mezclarse la instrucción, la mo-
 »ralización, según el prudente consejo de Horacio. Arte inmo-
 »ral, no es arte en su riguroso sentido, porque el arte verdadero
 »es manifestación de la belleza, y la belleza es expresión de
 »Dios, y Dios no puede inspirar prostituciones y escándalos,
 »aunque retocados aparezcan con barnices de bellísimos co-
 »lores.»

» Arte inmoral es arte mixtificado, algo así como una perla de
 » vidrio que pretende reemplazar con su falsa hermosura la niti-
 » dez verdad de una perla de Golconda...

» Si los artistas que tienden á perpetuarse en sus obras tuvie-
 » ran presente, no esas reglas de contextura exterior que muchas
 » veces dificultan la expansión del genio, sino los principios in-
 » ternos de moralidad, de bondad, de pureza y de recato que de-
 » ben presidir toda concepción, más resonantes y duraderos fue-
 » ran sus triunfos...

» Y no se nos objete que el desnudo es privativo del sublime
 » arte de Fidias; que la Venus sin brazos y el Apolo de Belve-
 » dere, son inmortales y serán siempre citados como modelos de
 » clasicismo, de belleza plástica: porque —rechazando y conde-
 » nando todo lo que pueda servir de escándalo en la sociedad
 » cristiana—, nos atreveremos á decir que esa Venus y ese Apo-
 » lo, y con ellos toda la escultórica helénica, aunque pagana, no
 » transpira, por decirlo así, á través de sus carnes marmóreas la
 » refinada sensualidad que se advierte en las figuras que modela
 » el cincel moderno. El Arte antiguo, que no conoció los encan-
 » tos de la pureza cristiana, cubrió con un velo de idealidad
 » aquella desnudez. Parece como que pretendía idealizarla, trans-
 » figurarla. Por esto algunos, en presencia de las obras clásicas
 » del paganismo, sólo ven la pureza de la línea, la perfección del
 » modelado, la belleza, en fin, que, á manera de sutilísimo encaje,
 » fué echando el artista sobre el bloque que cinceló...»

En la vida de San Fulco de Marsella nos sorprende con un compendio crítico de la literatura, que hermocean las galas de la poesía y del buen decir. Admiremos cómo describe á los trovadores medievales.

«¡La Provenza!... Por sus llanuras de pomposas vides atravie-
 » san, con la flor del madrigal en los labios, Guillermo de Poitier,
 » guerrero, turbulento y libertino; Cercanón, juglar de la Gascu-
 » ña; Marcabré, irresoluto, indócil, orgulloso; Girando de Tolosa,
 » caballero pobre, enamorado de una quimera; Pedro de Alver-
 » ña, culto y elegante; Bernardo Ventardorn, oliente todavía al
 » horno que en el castillo encendía su humilde padre; Jaufre Ru-

»del, ardiendo en amores por la Condesa de Trípoli sin conocer-
 »la; Pedro Vital de Tolosa, ese Don Quijote de la Poesía, que
 »cantó en España, en Francia, en Italia, en Palestina, en Chipre...
 »Bertrán de Born, á quien el Dante, por haber dividido la fami-
 »lia real de Inglaterra, le coloca en el infierno con la cabeza cor-
 »tada del tronco y suspendida de la mano á guisa de farol; Pedro
 »Cardenal, cáustico, satírico, maldiciente; Rambaldo de Maren-
 »go, Guiraldo de Borneil, Gabandén el Viejo, Ramón de Mirava...

»Y también atravesó las llanuras provenzales, tañendo coplas
 »al compás de su laúd, Fulco de Marsella, en sus mocedades
 »aventurero, enamorado, galante, trovador... Allá va, airoso,
 »brindando arrullos y lisonjas por doquier. Las puertas de los
 »castillos se le abren; la dama suspende el girar laborioso de su
 »huso para escucharlo; el caballero deja un momento de acari-
 »ciar su tizona y es todo oídos para la voz del poeta que halaga
 »su vanidad. En honor del bardo que posa brevemente en el
 »castillo, se aviva el fuego de la gran chimenea y se destapan
 »empolvadas botellas de Borgoña rancio. Y se brinda por el
 »amor, por el rey, por los dueños señoriales y por el vate
 »errabundo...»

No menos gráfico y bello es el retrato que nos hace del alma sencilla y pura de San Juan de la Cruz.

»Deleitábase con las galas floridas de los huertos; con los paja-
 »rillos que alegres revolotean; con el ramaje del alto ciprés; con
 »la quejumbrosa pereza del sauce que se inclina; con el rumor
 »de la fuente aldeana, que esparce monótona su caudal; con las
 »hojas que arremolina el viento; con la espuma blanca que el
 »mar sacude de su manto; con los copos de la nieve; con los su-
 »tiles jirones de las nubes rotas; con el suave rielar de la luna y
 »las estrellas en el seno de las aguas...; con todo cuanto es em-
 »beleso de los espíritus privilegiados que saben descubrir en el
 »fondo de las cosas la huella sublime de la gran mano de Dios.»

Y no puedo ya transcribiros, por falta de tiempo y espacio, disertaciones del autor sobre la música en la vida de Santa Cecilia, ni sobre la elocuencia, la oratoria sagrada y la guerra y la paz.

Tampoco me es ya posible daros á conocer sus censuras al feminismo moderno, que no confunde con el que merece alabanzas, pues acerca de éste nos dice: «Nadie reprueba á una Beatriz Galindo sus conocimientos filológicos; á una Sor Juana Inés de la Cruz su inspiración poética; á una Teresa de Jesús sus *Cartas* admirables y sus *Moradas* célebres... Nadie censura la colaboración científica en los descubrimientos de su esposo de la ilustre madame Curie, y nadie esquiva su elogio á la santa obra de redención penitenciaria que llevó á efecto nuestra insigne Concepción Arenal.»

Este cúmulo de materiales valiosos que contiene la colosal hagiografía, donde alternan lo divino y lo profano tan armónicamente, logra convertir la monotonía, inevitable de todas las obras de igual índole, en una grande y rara amenidad.

Amenidad que complementa el autor apartándose del método seguido por los biógrafos de santos, para lo cual relata la vida de muchos (aunque ceñido siempre á la exactitud) en ese estilo novelesco y forma dialogada que tanto impresiona é interesa á los lectores.

Pero he abusado de vuestra cortés atención, y voy á terminar.

Creo suficiente lo ya expuesto para que estiméis de mérito extraordinario la obra que informo.

Esta obra es y sólo puede ser la labor culminante de un hombre de talento, cuya vida monopolizaron el estudio y el misticismo. Todos le conocéis. Conocéis al Padre Calpena, hoy cura y magistral del Real Palacio, auditor del Supremo Tribunal de la Rota, canciller del Toisón de Oro, prelado doméstico del Papa, gran cruz de Alfonso XII y predicador elocuentísimo...

Mas conviene recordemos lo que es tan público y notorio: cómo conquistó su altura social. Recordemos que cuando tenía diez y ocho años era, á la vez que alumno, profesor de Ciencias naturales é históricas; que, apenas doctorado en dos facultades,

fundó y levantó de planta en Novelda un suntuoso edificio, Colegio de estudios superiores, y que sus obras publicadas con anterioridad á *La Luz de la Fe* forman diez y seis gruesos volúmenes, todos dignos, según fama, de igual encomio.

Concluyo, pues, señores Académicos, felicitando al historiador dogmático sin rival, quien con la pluma y la palabra, incansable y persuasivo, mostró siempre á los humanos el norte verdadero de un dichoso porvenir, así descrito por el poeta de *Las Doloras*:

La vida, que desalada,
de un vértigo del infierno
corre en pos:
Ella corre hacia la nada.
¿Quieres ir hacia lo eterno?
Ve hacia Dios.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Madrid, 12 de Abril de 1917.

V

ARA SEPULCRAL DE FLAVIA PRIMA EN UTRERA

Hübner reseñó este cipo de mármol blanco bajo el número 1.291. En la iglesia parroquial de Santiago, y en la pared interior de la capilla de Santa Ana, el sabio Doctor alemán lo vió incrustado y copió su inscripción.

Recientemente, con ocasión de predicar en Utrera una misión apostólica, el docto jesuíta P. Anselmo López ha examinado esta misma ara, desprendida de su antigua colocación, transportada á la sacristía del templo y visible por todos sus lados. La impronta que ha hecho sacar del texto original, manifiesta que sus letras lindísimas y sus puntos triangulares son del siglo II ó III. Los puntos esmaltan, contra la regla común, el fin de varios renglones. El ara mide 0,50 m. de alto por 0,25 de ancho, y en sus